

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 289

MADRID 21 DE OCTUBRE DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



SE EMBARCA LEOCADIA LA RACIONISTA.

UN AMOR EN PROVINCIA.

Demóstenes, que llevaba estudiado su papel cuando regresó á la casa de campo, abrazó á su madre, estrechó la mano de su hermana, hizo un gracioso saludo á Mma. Delvil, y dedicó á Teresa una suave sonrisa.

Olvidemos cuanto acaba de pasar, la dijo á su madre con sério tono. Esa mujer con venir aquí ha incurrido en una extravagancia; se ha visto impelida por un sentimiento irresistible, y el propio sentimiento la reduce ahora á la resignación y á la obediencia; dentro de pocos días abandonará la Francia para siempre.

— ¡Feliz victima! exclamó Mma. Delvil en ademán burlesco.

— ¡Pobre mujer! murmuró tristemente Teresa; la amó en un tiempo, y ahora que se ha entibiado su pasión la arroja de sí.

Aun no la parecía Demóstenes ridículo del todo; pero empezaba á penetrarse de que era un hombre especialísimo. Este por sincerarse con Teresa la dijo en voz baja.

— Disimúlame por haber creído que amé antes de veros: aquello fue solo una ilusión, y hasta ayer no he conocido lo que es amor verdadero.

Al oír estas palabras, que parecían la expresión de un afecto sincero, se turbó Teresa y guardó silencio: despues de algunos instantes de recogimiento se retiró á su estancia. Ella amaba en realidad á Demóstenes; y no se la tache de necia por este amor chocante: comprendía lo que era un hombre eminente, mas como nunca le había visto junto á sí, creyó por un instante que Demóstenes iba á ocupar el puesto de aquel ideal de que no era sino una ridícula parodia.

Como lo había previsto el parisiense, la aparición súbita de Leocadia hizo mella en el sentimiento naciente de Teresa, curiosidad, celos, desdenes y amores luchaban en su pecho, y le presentaban á Demóstenes bajo la imágen de un héroe de novela.

Al día siguiente abandonó Mma. Delvil la quinta muy de mañana, pues tenía deseo de ver-

se en la ciudad para referir á todos sus concejales la anterior aventura: aspiraba á vengarse de Demóstenes ridiculizándole, y no lo consiguió sino á medias. A pesar de su testimonio pocos se prestaron á creer en la fealdad de la racionista: para la mayor parte era una misteriosa hermosura. Ocupáronse bastante de este asunto: los hombres envidiaban á Demóstenes; las mujeres soñaron con él; y la pobre Leocadia metida en su camaranchon estaba muy agena de pensar que hubiese escitado la atención de los ociosos efreulos de una gran ciudad de provincia.

Sujeto Demóstenes en la casa de campo por arreglar asuntos de familia, escribió á la racionista cartas muy tiernas á fin de conjurar una nueva borrasca, con lo que pudo conquistarse algunos dias de libertad: los empleó en exaltar en el alma de Teresa la inclinación que hacía él sentía, la soledad y la poesía le sirvieron de poderosos auxiliares. Ocupábase asimismo en terminar con su madre y su hermana las particiones de la herencia, y á veces mostraba involuntariamente á los ojos de Teresa un corazón vulgar, si co é interesado. Con frecuencia estuvo su seducción á punto de desvanecerse, mas para volver á producir encanto en el alma de la jóven tenia suficiente con leerla algunos hermosos versos. Entre tanto se acercaba el momento en que Demóstenes debía hacer su primer ensayo en el foro, viudo aun de la elocuencia de su padre. Aguardábanle en la ciudad, donde su madre le acompañó, quedándose en la casa de campo á terminar la estacion del otoño Teresa y su hermana. Grata la fue á la jóven semejante resolución, pues amaba el aislamiento para recogerse en sí misma y penetrar mejor el sentimiento que experimentaba. Antes de abandonarla Demóstenes la hizo una declaración tierna y ardorosa: la prometió volver pronto para no separarse nunca. Teresa le cortó el rebesino, diciéndole. «Antes de que empeñemos nuestra palabra conviene que nos conozcamos á fondo recíprocamente.

Un mes le bastó á Demóstenes para abarcar todos los pleitos de la provincia, para encantar con su facundia á todos los miembros del tribunal,

y para ser el punto de mira de todas las herederas solteronas, y de todas las coquetas de mas fama: vino á ser el hombre de moda en su distrito. Su amor propio dormía sobre rosas; pero entre todas sus satisfacciones, la mas dulce, la mas completa, consistía en haber alcanzado que le amase aquella jóven tan encantadora, tan inteligente, siendo él ya hombre maduro, feo, y en suma, una medianía. Además Teresa poseía un pingüe dote.

Para coronar su destino con aquel casamiento pensó Demóstenes ante todo en deshacerse de una vez de la racionista: no tardó en presentarse la ocasion, y la asió bruscamente. Un director de espectáculos ajustaba á la sazón en la ciudad una compañía trágica para los Estados- Unidos: por congraciarse con Demóstenes, de quien era deudor, ajustó á la racionista; ella se resistió al principio, lloró, se indignó, mas por último firmó su escritura, y se embarcó en un buque que se hacia á la vela.

Por el mismo líquido elemento se deslizaba en aquel instante otro buque, portador de una nueva fortuna; y para terminar pronto con esta metáfora, digamos sencillamente que M. Armand había aventurado en una operacion mercantil de Ultramar la fortuna de su hermana y pupila: naufragó el buque y Teresa perdió todo su dote. Mientras se consumaba en las soledades del océano aquel siniestro accidente, Teresa ignorante de ello y sin cuidarse de su fortuna, pasaba en el campo esos hermosos dias de agitada espera tan llenos de tormento y de dulzura, esos dias de sencillas ilusiones que pasan pronto y nunca vuelven. Veía á menudo á Demóstenes; le parecía tierno, generoso, elocuente; le juzgaba así las mas veces cuando no le encontraba á su lado, pues entonces lo ideal sustituía á la realidad siempre incompleta. Si faltaba Demóstenes á la visita prometida experimentaba Teresa visible melancolía: dábale en que pensar aquella mujer que le había seguido á Demóstenes á su provincia. De este modo la pobre racionista desterrada daba margen á los púdicos celos de la jóven.

Un día le aguardaban á Demóstenes y no se presentó en la casa de campo: ni tampoco lo hizo M. Armand que solía ir allí todas las noches: era de consiguiente extraordinaria la ansiedad de Teresa, sin que se atreviese á comunicárselas á su cuñada. Al día siguiente fué á la quinta M. Armand, pero solo y en extremo agitado; viendo su turbación Teresa, que no pensaba más que en Demóstenes, le dijo:

— ¿Le ha sucedido alguna desgracia?
— A mí, y á nosotros, hermana mía, respondió M. Armand, nos ha sucedido una irreparable; y prorrumpiendo en lágrimas se arrojó á los brazos de Teresa.

— ¿Que es lo que nos pasa? preguntó llena de zozobra.
— Tu fortuna y la mía han desaparecido: arriesgué tu dote en una operación mercantil y salió fallida: debo ser á tus ojos bien culpable.

Profunda desesperación espesaba la fisonomía de M. Armand: Teresa le tomó la mano y le dijo con celestial sonrisa.

— Yo temí que fuese mayor nuestro infortunio; pero si nuestra fortuna quedó arruinada siempre cuenta tu esposa con esta casa de campo, donde pasaré mis días á vuestro lado.

— Y al de otra persona, dijo Mma. de Armand enternecida con la resignación de la joven.

— ¿Y si esa persona se negase á ello? dijo M. Armand con aire sombrío.

— No se negará; contestó alegremente Teresa, estrechando á su hermano en sus brazos: no se negará, es cumplido y generoso. Me ama mucho, con delirio: es imposible que se niegue á vivir en nuestra compañía. Y al repetir estas palabras, que revelaban su amor, se mostraba encantadora.

(Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

EL MOLINO DE GUADALAJARA.

En la noche del domingo último se estrenó en el teatro de la Cruz *El Molino de Guadalajara*, melodrama en cuatro actos, original del señor Zorrilla: no pensamos publicar el análisis de esta producción hasta que se terminen sus representaciones. Adelantamos desde luego que todos los actores hicieron cuanto estuvo de su parte para el buen éxito del melodrama.

Mañana se estrena en el teatro del Príncipe á beneficio del señor Lucini una comedia de magia titulada *las Batuecas*, original del señor don Juan Eugenio Hartzenbusch.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

LUTERO.

(Conclusion.)

En aquel año de 1522 Enrique VIII, todavía ortodoxo dió á luz un libro revisado tal vez por su capellan y sus ministros teólogos. El fraile re-

formador sacude también á su colega el rey reformador. «¿Quién es ese Enrique, ese nuevo to-mista, discípulo del monstruo, para que yo res-pe-te su violencia y sus blasfemias? ¿Es acaso el «defensor de la iglesia! Sí, de su iglesia, á la que «tanto ensalza: de esa prostituta que vive entre «la púrpura, ébria de desórdenes: yo heriré con «el mismo golpe á esa iglesia y á su defensor, «que no forman más que un cuerpo, y he de ani- «quilarlos.» No pudiendo Enrique VIII quemar á Lutero publicó una república: sus hogueras eran más terribles que sus escritos.

Estendíase la reforma con el auxilio de la imprenta, que parecía haberse descubierto en tiempo oportuno para la propagación de las nuevas doctrinas: iba estableciéndose la iglesia luterana: sabido es lo que ha rechazado y lo que conserva de la iglesia romana. Por todas partes penetraba el cisma en la nueva comunión: Calvino aparecía en Génova: Lutero se las había con Carlosstadt, y escribía contra él amargos folletos. Subleváronse los vasallos contra sus señores, y se arrojaron sobre los bienes de los príncipes eclesiásticos; de aquí las turbulencias de Suabia, de Francfort, del país de Bade, de la Alsacia, del Palatinado y de la Baviera. En vano hizo Lutero cuanto pudo por desarmar á la muchedumbre: en vano clamaba que nunca tienen buen fin las revueltas, y que á hierro muere quien á hierro mata. Hacía ya estragos la cuchilla y no debía volver á la vaina sino después de dos siglos de inmolaciones.

En la respuesta á los doce artículos de los naturales de la Suavia hay cosas justas y razonables: también dice á los señores verdades que podrían parecerles atrevidas; mas arrastrado por la índole de su reforma, enemiga del pueblo, ostenta inexorable dureza contra los vasallos, sin que jamás consagre una lágrima á sus infortunios.

«Creo, dice, que todos los vasallos debían pe- «recer antes que los príncipes y magistrados, por- «que los vasallos empuñan la espada sin la auto- «ridad divina... Ninguna otra misericordia, nin- «guna otra tolerancia les es debida á los vasallos «sino la indignación de Dios y de los hombres... «Los vasallos llevan en su frente el anatema de «Dios y del emperador; y es lícito darles muerte «como á perros rabiosos.»

Y no obstante, aquellos *perros rabiosos* habían sido desencadenados por la palabra de Lutero. Hacia aquellos hombres anatematizados por Dios no se percibe en el emancipador del espíritu humano ninguna simpatía de las libertades populares.

Chocó rudamente con todos los sectarios que brotaron de su reforma: jamás perdonó á Erasmo su *libero arbitrio*.

«Así que recobre la salud, quiero, con la ayu- «da de Dios, escribir contra él y anonadarle. He- «mos sufrido que se mofase de nosotros y nos «acosara; mas hoy que pretende hacer lo propio «con Cristo, nos declaramos en contra suya.... «Es verdad que destrozará á Erasmo es como des- «trozar á un insecto; pero Cristo, de quien se burla, me importa más que el peligro de Erasmo.

«Si vivo, quiero, con la ayuda de Dios, purgar «á la iglesia de su inmundicia, la cual ha abor- «tado á Croto, Egrano, Witzeln, OEcólampade, «Campano y otros visionarios ó epicureos.. »

«Si predica, suena lo que dice como un vaso «rajado. Ha atacado al papazgo y ahora saca la «cabeza de la alforja.»

Erasmo y Lutero habían sido amigos por mucho tiempo y considerados ambos como hereges.

«Ved á propósito de esto, dice oportunamente «M. Nisard, algunas cuestioncillas para los par- «tidarios del fatalismo histórico, que abultan y «engrandecen á un hombre con todo lo que se «ha hecho después de su muerte, y por causas que «ellos hubieran conjurado y no habían previsto; «mas ya no me parecen tan malas en la altura á «que nos hallamos. Con efecto, ¿de quién pensáis «que hayan quedado más cosas establecidas? ¿de «Lutero, negando el libre albedrío y substituyen- «do el dogma con el dogma y la superstición con «la superstición, ó de Erasmo, reivindicando en «beneficio del hombre la libertad de la con- «ciencia?»

Habiendo sitiado los turcos á Viena, Lutero llamó noblemente á los alemanes á la defensa de su patria. Vinieron en pos las ligas de Smalkade y los anabaptistas de Munster. Estos se declararon contra el papa y contra Lutero, y aun preferían el primero al último: considerábanle á este como amigo de la nobleza y le maldijeron como los plebeyos de Suabia.

Lutero debía á sus opiniones un paso como legítima consecuencia de su conducta. Había abierto las puertas de los claustros: salían de su recinto infinidad de hombres y mugeres, de los cuales no sabía que hacerse: sacóse, pues, tanto por dar un buen ejemplo, como para librarse de sus tentaciones. Quien traspasa los límites regulares procura arrastrar detrás de sí á los débiles y á cubrirse con la muchedumbre; por este consentimiento de un gran número, se lisonjea de que hace creer en el derecho y en la justicia de una acción que suele ser á menudo el resultado de un accidente ó de una pasión irreflexiva. En la ocasión á que aludimos se violaron dobles votos, porque Lutero se casó con una religiosa. Acaso quepa esto en la naturaleza; pero hay una naturaleza más elevada: por muchas que sean las virtudes de dos esposos es difícil que se inspiren respeto y mútua confianza prestando el juramento de la unión conyugal en las mismas aras en que pronunciaron antes los votos de castidad y de soledad. Jamás depositará un cristiano el peso de sus pecados en el corazón de un sacerdote que tenga otra esposa que la iglesia misteriosa que guarda el secreto de las culpas y consuela los dolores. Cristo, pontífice y víctima, vivió en el celibato, y abandonó la tierra al fin de su juventud.

La religiosa con quien se casó Lutero se llamaba Catalina de Bora: la amó mucho, vivió con ella en armonía, y trabajó para sustentarla: el que creó príncipes y despojó al clero de sus bienes, nunca salió de la pobreza: hacia alarde de sus escaseces como nuestros primeros revolucionarios. En su testamento se leen estas palabras de ternura:

«Certifico que no tenemos ni dinero contante «ni tesoros de ninguna especie. No hay en esto «nada que asombre, si se considera que nunca «poseímos otra renta que mi salario y algunas «presentes.»

TEATROS.

CRUZ.

A las siete y media de la noche.

EL MOLINO DE GUADALAJARA,

drama nuevo en cuatro actos y en verso original de uno de nuestros más aventajados poetas dramáticos.

PERSONAJES.	ACTORES.
Doña Juana	Sras. Perez.
Lucía	Tabela.
Teresa	Duran.
D. Pedro Carrillo	Sres. Lombia.
Juan Perez	Alverá.
Gil de Marchena	Lumbreras.
Lucas Ruiz	Azcuna.
Bellestero 1.º	Carcelle.
Id. 2.º	Torroba.
Id. 3.º	García.
Criado	Rada.

Terminará la función con baile nacional.

PRINCIPE.

A las siete y media de la noche.

1.º Sinfonía á completa orquesta.
2.º Se pondrá en escena la muy acreditada comedia en tres actos, arreglada al teatro español por D. Ventura de la Vega, titulada:

OTRA CASA CON DOS PUERTAS.

3.º Boleros jaleados por Doña Josefa Díez y D. Angel Estrella.
4.º Final de la ópera Lucía de Lamer moor arreglada para instrumental.
5.º Boleros á doce compuestas y dirigidas por D. Angel Estrella.
6.º El divertido sainete titulado:

EL AMIGO DE TODOS

7.º Terminará el espectáculo con la jota aragonesa.

CIRCO.

A las siete y media de la noche.

GISELA O LAS WILIS.

Gran baile fantástico nuevo, en 2 actos, para la primera salida de la señora Guy Stephan, primera bailarina del teatro de la reina de Inglaterra, y de la academia real de música de París.

TEATRO DE LAS TRES MUSAS.
Sito en la plazuela de la Cebada núm. 96 cuarto principal.

Funciones para hoy martes 24 de octubre de 1845.

A las siete y media de la noche.

Se ejecutará después de una brillante sinfonía, el drama en un acto de don José Zorrilla, titulado.

EL PUÑAL DEL GODO.

A continuación se bailarán las boleros del Popurri á seis.
Seguirá la comedia en dos actos, titulada.

LAS CARTAS DEL CONDE-DUQUE

Terminando el todo de la función con un gracioso y divertido sainete.

NOTA. Los precios de entrada y localidades siguen anunciándose por los carteles.

IMPRENTA DE BOIX.